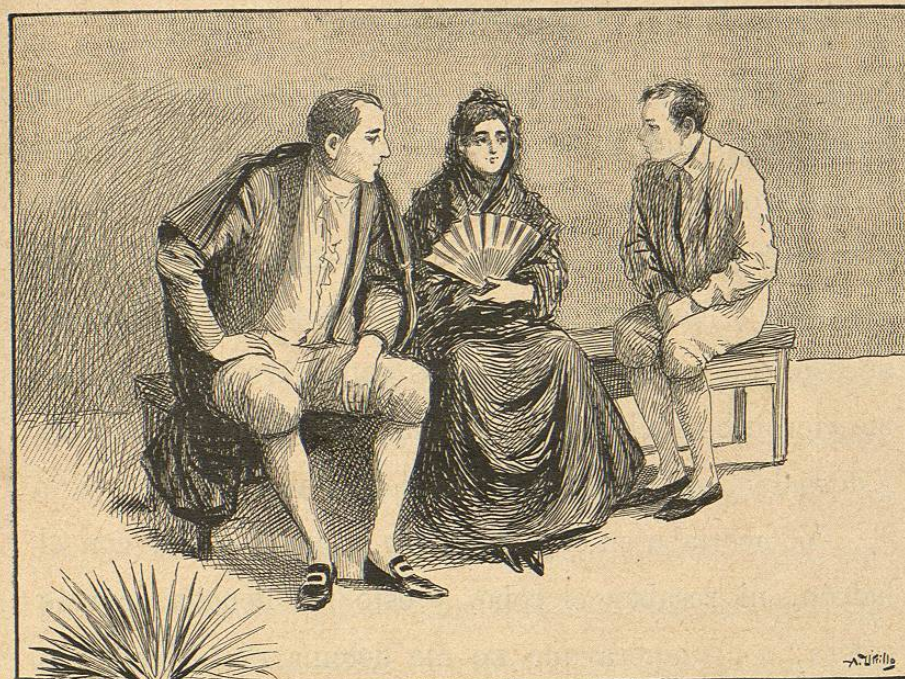


En efecto, llegó el viejecito con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, frijoles y otras viandas semejantes. Llamó el Aguilón á sus camaradas, y nos pusimos todos en rueda á almorzar en buena paz y compañía; pero en medio de nuestro gusto nos acordábamos del pulquillo, y su falta nos entristecía demasiado; mas al fin se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los brindis, que yo, como poco ó nada acostumbrado á beber, me trastorné de modo que no supe lo que sucedió después, ni cómo me levanté de allí. Lo cierto es que á la noche, cuando volví en mí, me hallé en mi cama, no muy limpio y con un fuerte dolor de cabeza; y de esta manera me desnudé y procuré volver á dormir, lo que no me costó poco trabajo.



CAPITULO IX

En el que Periquillo da razón del robo que le hicieron en la cárcel; de la despedida de don Antonio; de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores

Luego que amaneció se levantaron los presos de mi calabozo, y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no había cenado en la noche anterior. Mi primera diligencia fué ir á sacar una tablilla de chocolate para desayunarme; pero ¡cuál fué mi sorpresa, cuando buscando en mi bolsa la llave de la cajita, no la hallé en ella, ni debajo de la almohada, ni en parte alguna,

y hostigado de mi apetencia, rompí la expresada caja y la encontré limpia de todo el ajuar de don Antonio, al que yo miraba con demasiado cariño! Confieso que estuve á pique de partirme la cabeza contra la pared de rabia y desesperación, considerando la realidad del suceso, esto es, que los mismos compañeros, luego que me vieron borracho, me sacaron la llavecita de la bolsa y despabilaron cuanto la infeliz depositaba.

Yo acertaba en el juicio, pero no podía atinar con el ladrón, ni recabar el robo, y esto me llenaba de más cólera; por manera que no me detenía en advertir los funestos resultados que trae consigo la embriaguez, pues adormeciendo las potencias y embargando los sentidos, constituye al ebrio en una clase de insensibilidad, que lo hace casi semejante á un leño; y en este miserable estado, no sólo está propenso á que lo roben, sino á que lo insulten y aun lo asesinen, como se ha visto por repetidos ejemplares.

En nada menos pensaba yo que en esto, lo que me hubiera importado bastante para no haber contraído este horroroso vicio, como lo contraje, aunque no con mucha frecuencia.

Suspenso, triste, cabizbajo y melancólico estaba yo sentado en la cama royéndome las uñas, mirando de hito en hito la pobre caja limpia de polvo y paja, maldiciendo á los ladrones, echando la culpa á éste y al otro, y

sin acordarme ya del chocolate para nada; bien que, aunque me acordara en aquel acto, ¿de qué me habría servido, si no había quedado ni señal de que había habido tablillas en la caja?

Estando en esta contemplación llegó mi camarada el Aguilucho, quien con una cara muy placentera me saludó y preguntó que cómo había pasado la noche. A lo que yo le dije: — La noche no ha estado de lo peor; pero la mañana ha sido de los perros. — ¿Y por qué, Periquillo? — ¿Cómo por qué? le dije, porque me han robado. Mira cómo han dejado la caja de don Antonio.

Asomóse el Aguilucho á verla y exclamó como lastimado de mi desgracia: — En verdad, hombre, que está la caja más vacía que la que llamaba don Quijote yelmo de Mambrino. ¡Qué diablura! ¡Qué picardía! ¡Qué infamia! A mí no me espanta que roben, vamos, si yo soy del arte ¿cómo me he de escandalizar por eso? Lo que me irrita es que roben á los amigos, porque, no lo dudes, Periquillo, en el monte está quien el monte quema. Sí, seguramente que los ladrones son de casa, y yo jurara que fueron algunos de los mismos pícaros que almorzaron ayer con nosotros. Si yo hubiera oído sus intenciones, no sucede nada de esto; porque no me hubiera apartado de tí, y no que, deseoso de desquitarme de lo que gasté, fuí á jugar con el resto que nos quedó, y

se nos arrancó de cuajo; pero no te apures, que otro día será mañana.

— Conque según eso, le dije, ¿ni para el desayuno te ha quedado? — ¡Qué desayuno ni qué talega, me contestó, si anoche me acosté sin un cigarro! Pero dime: ¿qué fué lo que se llevaron de la caja? — Una friolera, le dije: dos camisas, un par de calzoncillos, unas botas, unos zapatos buenos, unos calzones de tripe, dos pañuelos, unos libros, mi chocolate... últimamente, todo. — ¡Qué bribonada! decía el mulatillo; yo lo siento, hermano, y andaré listo por todos los calabozos y entresuelos, á ver si rastreo algo de eso que has dicho, que con una hilacha que encontremos, pierde cuidado, todo parecerá; pero por ahora no te achucharres, enderézate, levanta la cabeza, párate, ¹ vamos, sal acá fuera y serénate, que no estamos hechos de trapos; más se perdió en el diluvio y todo fué ajeno, como lo que tú has perdido. Conque anda, Periquillo, vén, no seas tonto, te desayunarás.

Queriendo que no queriendo, me levanté deseoso del desayuno prometido. Fuimos al calabozo del presidente, con quien habló el Aguilucho como en secreto. Abrió el cómitre una caja, y cuando yo pensé que iba á sacar una tablilla ó dos, y alguna torta de pan, ví que sacó una

¹ Esto es, ponte en pie, levántate. Es comunísimo este provincialismo entre nosotros, aunque el verbo *pararse* no tiene tal acepción ó significación en castellano. E.

botella y un vaso y le echó como medio cuartillo de aguardiente, el que tomó mi camarada y lo pasó de su mano á la mía diciéndome: — Toma, Periquillo, haz la mañana. — Hombre, le dije, yo no sé desayunarme si no es con chocolate. — Pues éste es chocolate, me contestó; lo que sucede es que el que tú has bebido otras veces es de metate y éste es de clavija; pero, hijo, cree que éste es mejor, porque fortalece el estómago y anima la cabeza... anda, pues, bebe, que el señor presidente está esperando el vaso.

Con ésta y semejantes persuasiones me convenció, y entre los dos dimos vuelta al medio cuartillo, subiéndome la parte que me tocó, más presto de lo que era menester; pero por fin, con tan ligero auxilio, á las dos horas ya estaba yo muy contento y no me acordaba de mi robo.

Así pasamos como quince días dándole yo al Aguilucho qué comer, y él dándome que beber en mutua y recíproca correspondencia; bien es verdad que cada instante me decía que vendiéramos ó empeñáramos las sábanas y colcha de la cama; pero no lo pudo conseguir de mí por entonces, porque le juré y rejuré que no las vendería por cuanto había en este mundo, y para mejor cumplirlo se las llevé al presidente rogándole que me las guardara para cuando su dueño las mandara llevar á su casa.

El dicho presidente me hizo el favor de guardarlas, y yo me quedé sin más abrigo que mi zarapillo, con lo que perdió el taimado de mi buen amigo las esperanzas de tener parte en ellas; mas no por eso se dió por sentido conmigo, ya porque era de los que no tienen vergüenza, y ya porque no le tenía cuenta ser delicado y perder la coca de mi convite al medio día, á cuya hora jamás faltó de mi lado, pues la comida que mi incógnito bienhechor me enviaba provocaba á cortejarla, así por su sazón como por su abundancia, no digo al tosco paladar del Aguilucho, sino á otros más exquisitos.

Yo conceptué que el tal pícaro había sido el principal agente de mi robo, como fué en efecto, pero no me dí por entendido, porque consideré que me daba á odiar demasiado entre aquella gente, y al fin más fácil sería sacar un juicio de la Inquisición que un real de lo que ellos tendrían ya hasta digerido.

Con este disimulo fuimos pasando, recibiendo yo de tragos de aguardiente los bocados que le daba al Gavilán.

Un día que estaba yo espulgando mi sucia y andrajosa camisa me llamaron para arriba. Subí corriendo, creyendo que fuera para alguna diligencia judicial; pero no fué el escribano quien me llamó, sino mi buen amigo don Antonio y su esposa, que tuvieron la bondad de visitarme.

Luego que me vió, me abrazó con demasiado cariño,

y su esposa me saludó con mucho agrado. Yo, en medio del gusto que tenía de ver á aquel verdadero y generoso amigo, no dejé de asustarme bastante considerando que iba por sus trastos y yo había de darle las cuentas del gran capitán; pero don Antonio me sacó pronto del cuidado, pues á pocas palabras me dijo que ¿por qué estaba tan sucio y despilfarrado?—Porque ya sabe usted, le contesté, que no tengo otra cosa que ponerme.—¿Cómo no? dijo mi amigo, ¿pues qué se ha hecho la ropita que dejé en la caja?—Turbéme al oír esta pregunta, y no pude menos que mentir con disimulo, pues sin responder derechamente á la pregunta, le signifiqué que no la usaba por no ser mía, diciéndole con miedo, que él supuso efecto de vergüenza:—Como esa ropa no es mía, sino de usted...—No, señor, interrumpió don Antonio; es de usted y por eso la dejé en su poder. Úsela norabuena. Le encargué que me la guardara por experimentarlo; pero pues la ha sabido conservar hasta hoy, úsela.

La alma me volvió al cuerpo con esta donación, aunque en mi interior me daba á Barrabás reflexionando que si él me exoneraba de la responsabilidad de la ropa, ya los malditos ladrones me habían embarazado el uso. Preguntéle si había de llevar su cama, para ir á disponerla; y me dijo que no, que todo me lo daba. Agradécíle como era justo su afecto y caridad, con-